

BIBLIOTECA SOCIOLOGICA INTERNACIONAL

JAMES MARK BALDWIN

Profesor de Psicología en la Universidad de Princeton

EL DESENVOLVIMIENTO MENTAL EN EL NINO Y EN LA RAZA

Versión directa del inglés

POR

LUIS UMBERT

Edición ilustrada con varios grabados
TOMO I

TALLERES DE ARTES GRÁFICAS HENRICH Y C.^ª EN CTA.
Córcega, 348.- BARCELONA

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

PSICOLOGÍA DEL NIÑO Y DE LA RAZA

El estudio de la psicología ha adquirido tal desarrollo en estos últimos años, y es tan diferente el ideal que hoy persigue desde el punto de vista de los antiguos tratados de filosofía mental, que se experimenta la necesidad de introducciones especiales para cada una de las secciones creadas. Estas introducciones tendrán no sólo la ventaja de servir para claridad de la exposición, sino que permitirán defender algunos estudios objeto de serios ataques todavía. La expresión «nursery psychologist» tiene indudablemente alguna aspereza de intención por parte de su autor; pero sería de desear que el público, instruido, no la mirase ya como frase de zumba y de desprecio, sino como un título de honor.

§ 1.—*Psicología del niño: Ontogénesis*

No ofrece duda que al éxito creciente de la idea de evolución debemos una parte al menos de los progresos de la psicología durante los veinticinco o treinta años últimamente transcurridos. Ese renacimiento y expansión de la concepción antigua de esta ciencia, están verdaderamente en armonía con las ideas tiempo ha dominantes en otras ramas

de estudios científicos. Una fase sin embargo de esa amplitud de investigación psíquica se produce muy característicamente bajo la influencia de la doctrina evolucionista, y puede llamársela *fase genética o de crecimiento*.

La antigua ciencia del alma consideraba a ésta como una entidad inmutable dotada de atributos igualmente inmutables. La psicología consciencial, alcanzando su objeto de un modo a la vez inmediato y adecuado, parecía una ciencia definitiva. Era tanto más fácil estudiar el espíritu cuanto más plenitud de desarrollo hubiese adquirido, y creíase que sus más elevadas facultades, aun inactivas no cesaban jamás de estar presentes, bien que adormecidas. Con tal concepto, nada de lo que está en la conciencia del hombre debe faltar en la del niño, y lo que en ésta falta, nunca se encontrará en la del hombre.

Necesario era, pues, separar ya al hombre entero en las manifestaciones de su infancia, y si determinados fenómenos aparecían tan sólo en la conciencia del adulto, debían tenerse presentes en la conciencia del niño aunque escapasen a nuestros medios de investigación. La argumentación antigua —y no lo es tanto que no se la encuentre aún en ciertos libros modernos— era ésta: La conciencia nos sugiere ciertas grandes ideas evidentemente sencillas y primitivas. Por lo tanto, semejantes ideas son innatas, y si no las hallamos en la conciencia infantil, al menos es preciso leerlas en ella.

La idea de evolución trastorna todo esto. En lugar de una sustancia inmutable, tenemos una actividad que crece y se desarrolla, y la psicología de las funciones reemplaza la psicología de las facultades. En vez de comenzar el estudio del espíritu en el acto de su pleno crecimiento y de su entero desarrollo parecemos más instructivo estudiar

primeramente los fenómenos más elementales de la actividad mental. El desarrollo de ésta procede tanto por evolución como por involución, y los elementos primeros desaparecen pronto detrás de la urdimbre de los fenómenos más complejos. Si hay en la conciencia del adulto principios que no se observan en la del niño, es preciso en lo posible explicarlos por lo que podemos colegir de la conciencia infantil, y si es imposible, al menos determinar con exactitud las circunstancias precisas de su aparición y de su desarrollo.

Establecida esta concepción evolucionista, admíranos que no se hubiese dado más pronto a luz, y admira también que la «nueva» psicología la haya usado con tal restricción. La diferencia entre la descripción y la explicación es tan antigua como la ciencia. ¿Qué químico se contentará por mucho tiempo con una simple descripción de los cuerpos suministrados por la naturaleza? Ninguno, en verdad, pues no ignoran que la ciencia empieza por el análisis. No le satisface al filólogo el exacto conocimiento de gramáticas y lenguas; quiere además reducirlas a elementos comunes y busca penetrar las leyes de su génesis. Pero el psicólogo, en vez de ciencia, se ha contentado años y años con tal descripción, aun cuando la naturaleza, con los datos que le ofreció, prestábase a ayudarla en el análisis mental.

Entre las ventajas que esperamos de la psicología del niño, existe precisamente la necesidad del análisis, y esto en razón misma del crecimiento del espíritu. Por lo demás puede desarrollarse esta aserción indicando varios puntos precisos que diferencian esta rama de psicología general de las otras ramas actualmente reconocidas.

I.—Por lo pronto, los fenómenos de la conciencia del niño son simples y no reflejos; esto es,

sus representaciones y sus recuerdos se le presentan inmediatamente y no a través de la observación que podré hacer.

En el hombre, las influencias perturbadoras de la observación interior no son descuidables: me es imposible conocer exactamente lo que siento, pues la atención que le presto lo modifica. Mi voluntad es también un proceso complejo oscilante entre mil alternativas entre las que sobresalen el orgullo y el interés. A todos nos envuelve una red de convenciones y de prejuicios por nosotros mismos fabricados. No sólo adoptamos la ceremoniosa etiqueta de los que nos rodean, con lo que perdemos las espontaneidades distintivas del niño, sino que cada cual establece dentro y frente a frente de sí mismo todo un sistema de reserva y de formalismo personales. No solamente somos juguete de los «ídolos del foro», sino de los «ídolos de la caverna».

En el niño, la emoción es tan espontánea como un manantial, y pronto se traduce en actos exteriores, exentos de toda reserva, de todo cálculo, de toda duplicidad. El niño no conoce su propia importancia, su genealogía, su gracia, su sitio social, su religión, su patrimonio: no se ha mirado ni observado a través de sus innumerables lentes y no se percata de las mil circunstancias de tiempo, de lugar, de persona, de condición, etc. Su *yo* no ha llegado a ser todavía a su ídolo, y el mundo su templo; podemos estudiarle antes de que se oculte bajo los considerables aluviones que la creciente conciencia del *yo* no cesa de acumular.

Una de las mejores pruebas que podríamos hallar de la realidad y de la exactitud de esta aserción sobre la naturaleza del espíritu del niño, es el análogo estado de espíritu del hipnotizado. Creo en efecto que uno de los más señalados servicios del hipnotismo es la demostración de la fuerza motriz

de la idea. Toda idea tiende a traducirse en acto. Desechadas todas las convenciones, las reservas, las vacilaciones, muéstrase tal como es el espíritu, como un complejo de reacciones múltiples. El hipnotismo no era sin embargo necesario para esta demostración. La observación paciente de los movimientos del niño durante su primer año, habría permitido considerar esta verdad como una de las más seguras generalizaciones de la ciencia del espíritu. En ausencia de reflexiones y de vacilaciones, el niño obra siempre bajo la influencia de la primera sugestión, traduciendo sus más íntimas impresiones en términos de motilidad.

II. —El estudio de los niños es generalmente el único medio que tenemos de verificar nuestros análisis mentales. Si afirmamos que cierto hecho complejo se compone de elementos mentales más sencillos, sólo a la vida intelectual del niño podemos apelar para comprender esta composición en su génesis. Es tan considerable la distancia del niño al adulto, y los comienzos de la vida mental en el niño están tan bajos, en la escala de las capacidades morales e intelectuales, que casi no hay cuestión de análisis sin resolver todavía, que no pueda solucionarse por este método.

Por otra parte, dicho método parece encaminar a la obtención de análisis definitivos de numerosos estados o procesos mentales que se creyó irreductibles. La distinción entre la simple conciencia y la conciencia de sí mismo o conciencia refleja es un excelente ejemplo de este género de solución o de análisis. Se ha levantado sistemas sobre sistemas para sostener la teoría de la conciencia sujeto-objeto y en especial para probar que la conciencia personal y subjetiva implicaba necesariamente, al menos en cierto grado, una oposición consciente entre el *yo* y el *no-yo*. Puede establecerse

sin embargo una prueba de lo contrario por la observación de los niños en crianza de menos de seis meses.

Al llegar a este punto, observemos que la psicología del niño es mucho más útil a la psicología del hombre que el estudio de la conciencia animal. El animal no será jamás un hombre, mientras que el niño llegará a serlo. En ciertos aspectos, los animales adquieren más desarrollo que el ser humano; pero bajo otros, se quedan a gran distancia de él. Estudiando al animal, témesse siempre que resulte superficial la analogía y que ciertos elementos esenciales al desarrollo del humano espíritu falten en absoluto a la bestia. Además, en las cuestiones de anatomía comparada que tienen conexiones con la psicología, como por ejemplo las de localización de las funciones motrices cerebrales, la comparación casi no puede hacerse más que con los animales superiores, tales como el mono. El mismo perro sólo presenta muy remotas analogías. Pero en el estudio del niño podemos estar seguros de que si éste es un ser normal, dará un día a un hombre normal.

Si comparamos la psicología infantil a la patología mental, es fácil observar que la ventaja está en favor de la primera. En las enfermedades mentales, están más o menos atacadas todas las funciones del espíritu. Nunca tenemos la seguridad absoluta de que las simpatías y las conexiones funcionales no se hayan desarrollado a la par de otras simpatías más ocultas y otras conexiones menos ostensibles unidas todas para el trastorno de una sola. Así el instinto que se modificó con el desarrollo de la voluntad, no permanece intacto si esa voluntad se debilita. Por este motivo, la aplicación del método de diferencia que consiste en examinar lo que es de un fenómeno si se suprime

una parte de sus condiciones antecedentes, no siempre es posible, ya que semejante supresión trae consigo toda una serie de modificaciones de las circunstancias concomitantes. En el niño todas las funciones crecen armoniosamente; la ausencia de una función no ostensible todavía no modifica violentamente las otras, como en las enfermedades mentales, la brusca supresión de una de ellas.

El sabio inclinado a la patología animal tropieza con las mismas dificultades. Así subsiste siempre el principio indefinido de error llamado «choc». Los órganos que dejó intactos la enfermedad o el escarpelo, simpatizan con el sufrimiento de los órganos heridos, y a menudo una función perdida reaparece cuando el tiempo permite la restauración de los órganos.

El estudio del niño asegura las mismas ventajas de simplificación sin las desventajas de una inhibición posible de ciertas otras funciones. En otros términos, la simplicidad del niño es normal, mientras que la del enfermo o del operado es anormal y acarrea a menudo lo que los médicos llaman complicaciones.

III. — La psicología infantil presenta aún una nueva ventaja, la de una simplicidad psicológica correspondiente a la simplicidad psíquica, de manera que podamos con facilidad darnos cuenta de los procesos biológicos relativamente sencillos. Y digo relativamente sencillos porque en realidad, desde el nacimiento, son complejos de un modo sorprendente, y el embriologista hace remontar mucho más alto sus estudios del desarrollo de la vida orgánica. Son no obstante sencillos si se considera lo que llegan a ser después de la formación de los hábitos, el establecimiento de las asociaciones motrices y cerebrales; en una palabra, después que el sistema nervioso se ha adaptado por com-

pleto a las exigencias del medio. Tomemos un ejemplo. El psicólogo, que sostiene que tenemos el don innato del lenguaje, puede apelar a las últimas investigaciones fisiológicas, que le darán en efecto una confirmación orgánica, al menos en la medida de lo que ya se conoce del aparato cerebral. El estudio del cerebro del niño no confirma sin embargo esta prueba. No sólo dejamos de encontrar en él todos los diversos centros del lenguaje actualmente conocidos, sino que los ya existentes no llenan las funciones que tendrán cuando el niño hable. En otros términos, el objeto primero de los centros verbales no es la palabra, sino alguna otra función más sencilla, y el lenguaje sólo aparece gracias a la unión de estas funciones separadas.

Existe, pues, un desarrollo psicológico que armoniza con el desarrollo físico. La serie de esas correlaciones de crecimiento no puede establecerse con exactitud sino comenzando por los orígenes. En cuanto a los hechos interiores cuyas correspondencias fisiológicas no podrán establecerse, se apreciarán más exactamente cuanto mejor se les ilumine.

IV. — La observación del niño permite en fin más amplio empleo de la experimentación¹. Entiendo hablar a la vez de las experiencias sobre los sentidos y de las experiencias directamente conscienciales, como por ejemplo la sugestión, las influencias sociales, etc. En la experimentación con los adultos, surgen graves dificultades por el hecho de que las reacciones (por ejemplo el cumplimiento de un movimiento voluntario al son de un timbre, etc.) se ven contrariadas por la deliberación, los deseos habituales, la elección, etc., sin

¹ Acerca de la naturaleza y aplicación de la experimentación en psicología, véase mi *Handbook of Psychology*, I, 2ª ed., págs. 25-31.

contar la decisión voluntaria final. El sujeto oye un sonido, lo identifica y oprime un botón, si acepta y decide hacerlo así . ¿ Qué ocurre en el intervalo de tiempo que media entre el proceso nervioso centrí peta y la descarga que sigue al proceso nervioso centrí fuga? En todo caso, representa esto un proceso cerebral altamente complejo. Por tal razón, un método que simplifique las correlaciones sensorio-motrices o los procesos centrales, da ciertamente mejores resultados.

Así , las experiencias sobre las reacciones reflejas son preciosas y aun decisivas, cuando las experiencias similares sobre las reacciones voluntarias son inciertas y de dudoso valor. En cuanto al hecho de que la conciencia infantil es relativamente sencilla y ofrece así más fructuoso campo a la experimentación, evidéncianlo los capítulos en que se trata de la sugestión en el niño y de sus reacciones a las excitaciones fuertes, tales como los brillantes colores, etc.¹ Por lo demás, éste es el punto en que debe ejercitarse la inteligencia, ya en la organización, ya en la prosecución de las experiencias. Mejor estudiado el sujeto, las nuevas experimentaciones ofrecerán el mismo número de dificultades que en las demás ciencias; pero actualmente el investigador puede dedicarse al estudio de los fenómenos más sencillos de la vida y de la actividad del niño.

Después de esta incompleta revista de las ventajas de la psicología infantil, tal vez será oportuno observar los peligros del abuso de semejantes investigaciones. Estos peligros son reales. La sencillez misma que parece caracterizar la vida del niño, es con frecuencia ilusoria, y es ilusoria

¹ Véase más adelante, caps. III al VI.

porque dicha sencillez acaso no siempre es típica y específica, sino individual. Spencer tenía a presentes numerosos hechos cuando decía que el desarrollo orgánico comprendía un doble progreso, respectivamente complejo y específico. Esta distinción entre la sencillez que indica una simple ausencia de toda cualidad compleja y la que indica la misión precisa de las funciones, se aplica con grandes limitaciones al crecimiento mental.

Dos reacciones nerviosas pueden parecer igualmente simples; pero la una no es sino una adaptación adquirida con grandes trabajos y realmente muy compleja, mientras que la otra puede ser primitiva y realmente simple. En el niño, el estado de conciencia parecerá no implicar ni complejidad ni integración, y, no obstante, si se le examina, representa todo un cúmulo de experiencias ancestrales e individuales, en razón de su sencillez y de su especificación. Es un corolario de las leyes de herencia, que desde sus orígenes diferencian profundamente a los niños, aun en las más simples manifestaciones de su vida consciente. Nunca se está seguro de poder decir —exceptuando las reservas antes expresadas: —«Este niño ha hecho esto; pues también lo harán los demás.» Lo más que puede decirse habitualmente, según una observación aislada, es: «Este niño ha hecho esto; es posible que otro niño lo haga.» Sin embargo, los casos dudosos pueden reconocerse y eliminarse si no se olvida ciertos principios del desarrollo mental.

1. En primer lugar, en la historia del espíritu no puede fijarse ningún tiempo preciso para la aparición de un fenómeno mental. Las observaciones actualmente generalizadas y observadas como haciendo referencia ya al primero, ya al segundo año, etc., tienden a demostrar perfectamente que no tienen un sentido estricto semejantes

indicaciones. El sistema nervioso, igual en esto a un organismo cualquiera, puede desarrollarse más o menos rápidamente según le sean más o menos favorables las circunstancias, y el desarrollo de las facultades mentales depende en gran parte de este desarrollo físico. Sin embargo, pueden indicarse siempre estos períodos ateniéndose a las grandes líneas y a las más amplias generalizaciones.

2. La posibilidad de la aparición de un fenómeno mental debe siempre cuidadosamente distinguirse de su necesidad. La observación auténtica de un hecho único es decisiva, pero únicamente contra aquellos que niegan que pueda producirse en tales condiciones, pues no está probado que el fenómeno sea observable en otras. Por ejemplo: los primeros movimientos del niño para tomar su alimento no pueden atribuirse a la voluntad; pero queda en pie la cuestión de saber cuál es el motivo suficiente de su aparición, y, por consiguiente, cuál es el desarrollo nervioso requerido, qué grado de experiencia es necesario. Lí cito es sostener que basta, un solo hecho para derribar una hipótesis, pero raramente son las condiciones suficientemente sencillas para poder establecer por su medio una teoría.

3. Puede deducirse del principio mismo de la evolución, que el orden del desarrollo de las funciones mentales es constante e invariable en normales condiciones. Por lo tanto, las observaciones más fructuosas son las que establecen este orden de aparición, determinando que tal función existió antes que tal otra pudiese haberse observado. Finalmente, el carácter complejo de los fenómenos mentales llega a ser tan considerable, que nada puede en él distinguirse, ni antes ni después. Pero si la evolución del niño muestra períodos en los que evidentemente faltan ciertos elementos, tene-

mos al menos algunas indicaciones sobre la ley de desarrollo: por ejemplo, si establece un solo hecho, de un modo concluyente, que el niño es capaz de deducir una conclusión antes de hablar, este solo caso es tan bueno como pudieran serlo mil para demostrar que el pensamiento, al menos en cierto grado, es independiente de la palabra¹.

4. Si los más directos resultados se obtienen mediante experiencias sistemáticas guiadas por una idea preconcebida, no es menos importante establecer largas series de observaciones generales, regularmente llevadas a cabo y escrupulosamente registradas, sobre todo habiendo en cuenta la interpretación que finalmente podrá deducirse de ellas. La verdadera fuerza, allí como en todas partes, está en el número de las experiencias. Tales experiencias deberán extenderse a cuanto se refiere al niño: movimientos, gritos, impulsos, sueños, preferencias personales, esfuerzos musculares, ensayos de lenguaje, juegos favoritos, etc., y deberán inscribirse en un periódico regular, con las diversas fechas en que viesen la luz. Conviene practicarse en discernir lo importante de lo que no lo es, y debemos desear que todos los observadores de la infancia se familiaricen con los principios de la psicología general y de la fisiología especial de la primera infancia, ateniéndose a los dictámenes prácticos de un observador ya experimentado².

§ II.—*Psicología de la raza: Filogénesis*

Adoptando una distinción empleada en la terminología biológica, llamaremos ontogénesis al

¹ Sin embargo, esta regla está sujeta a modificaciones, indicadas en este capítulo, párr. 4, II.

² Véase cap. XIII, § 3, sobre el método para observar las imitaciones del niño.

desarrollo mental del individuo, y filogénesis a la evolución de la raza o al desarrollo de la conciencia en toda la serie animal. Todo cuanto he dicho de la psicología del niño se contrae al primer estudio. Antes de entrar en el verdadero objeto de este libro, creo oportuno indicar la importancia de las investigaciones filogenéticas.

La expresión «psicología de la raza» suele tomarse en sentido harto restringido, como refiriéndose a los caracteres mentales de los diferentes pueblos, estudiados desde el punto de vista de la familia, del culto, de la civilización. En este sentido, la palabra raza se aplica exclusivamente a la humanidad. El estudio comparativo del hombre y del animal resurge de una ciencia especial llamada «psicología comparada». Amparándome en la autoridad de la expresión «experiencia de la raza» empleada para indicar todas las riquezas acumuladas por la herencia y la vida ancestral, ampliaré el sentido de la palabra «psicología de la raza» a toda la historia de la conciencia viviente. El problema que esta ciencia plantea conviértese entonces en el problema del desarrollo filogenético de la conciencia, a través de todas sus manifestaciones animales y humanas, y corresponde al problema del desarrollo ontogenético, estudiado por la psicología individual. Ambas son, por lo demás, ramas legítimas de la psicología genética considerada distintamente de la psicología funcional.

La cuestión de la psicología de la raza así comprendida es sumamente importante, y en estos últimos tiempos se ha descuidado hasta el extremo. De la teoría moderna de la evolución biológica surge en favor de la filogénesis mental una presunción que demanda ser sometida a un examen atento y minucioso, por la laboriosa interpretación de las concomitancias evolutivas del cuerpo y

del espíritu. Opino que las cuestiones relativas a la naturaleza del espíritu en cuanto distinto de sus funciones, son muy independientes de las cuestiones de origen; pero los datos genéticos, al demostrar el mecanismo de las funciones, arrojarán al mismo tiempo torrentes de luz sobre el difícil problema de nuestra naturaleza mental¹.

Admitido el problema filogenético, es decir, la posibilidad de un estudio de desenvolvimiento del espíritu a través de las series animales, podemos usar libremente de todos los recursos que nos proporciona la psico-fisiología, tanto para los hombres como para los animales superiores. Así llegaremos a la más plausible hipótesis, percibiremos las líneas generales de las relaciones que habrán de establecerse entre el desarrollo mental y el desarrollo nervioso, y deduciremos las fases de la historia de la raza de las del desarrollo del individuo. Esta deducción, por lo demás, se facilita por la recapitulación, es decir, por el reflejo de las fases de la historia de la raza en cada desarrollo individual. Reconoceremos el plan de desarrollo paralelo de las dos series de hechos considerados como los elementos de un hecho único cuya historia es la de la raza, y estamos absolutamente convencidos que lo descubriremos en la historia del individuo. Aceptaremos las certidumbres establecidas por la biología, para las investigaciones orgánicas, y esperamos que los biólogos aceptarán asimismo los descubrimientos de la psicología. Finalmente, admitiremos la posibilidad de principios absolutos en una y otra serie, de modo que los principios de una se sustraigan a los cri-

¹ Para mayores datos sobre «el origen y la naturaleza», véase mi artículo sobre esta materia en *The Psychological Review*, II, 1895, p. 551.

terios de la otra. Por ejemplo, si la vida presupone necesariamente una función superior a las afinidades químicas, también el psicólogo puede investigar a la luz de los hechos si el juicio moral no es un fenómeno que sobrepuje el poder de las funciones vitales.

Proponémosnos tratar sucesivamente en este libro de todas estas diferentes cuestiones de la psicología a genética. Una de ellas sin embargo supone tal número de conocimientos preliminares y ha sido hasta hoy tan poco estudiada, que es bueno exponerla con amplitud desde el comienzo de este trabajo. Quiero hablar de la cuestión de las analogías entre el desarrollo del individuo y el de la raza.

§ III. *—Analogías de desenvolvimiento*

Los biólogos competentes consideran la hipótesis evolucionista perfectamente demostrada por la embriogenia. El embrión individual pasa por una serie de estados cuyas diversas formas recuerdan las fases actualmente reconocidas en el desarrollo de las series animales. Parecida analogía puede establecerse en lo referente a la conciencia. En efecto, observamos que ésta adquiere incremento paralelamente a las fases de desarrollo del sistema nervioso en los animales, y este paralelismo de ambos procesos parece verificarse, al menos en lo que toca a sus grandes líneas, en el crecimiento del niño.

La evolución de las razas parece exigir, tanto desde el punto de vista orgánico como del psíquico, un desarrollo cuyos términos principales se colocarán aproximadamente en este orden ¹:

¹ Estudiaremos estos puntos en algunos de los capítulos siguientes.

1.º, una simple contractilidad correspondiente a los primeros sentimientos de placer y de pena; 2.º, un acrecentamiento nervioso correspondiente a las sensaciones y comprendiendo grupos de impresiones musculares lo mismo que ciertas reacciones de adaptación; 3.º, otro acrecentamiento nervioso correspondiente a las simples percepciones de los objetos, con el desarrollo completo de la organización motriz, de la atención espontánea y del instinto; 4.º, una coordinación creciente de los testimonios de la conciencia: memoria, imitación, impulsos, emociones primeras; 5.º, finalmente la aparición de la inteligencia y del pensamiento consciente: la acción voluntaria y las emociones superiores. Sin insistir en los detalles de este esbozo, pueden indicarse claramente ciertas grandes épocas de diferenciación funcional. La primera es la época de los procesos rudimentarios de los sentidos: procesos del placer y del dolor, procesos de la simple adaptación motriz, cómodamente llamada, «época afectiva». La segunda, esto es, la época de la representación simple, de la memoria, de la imitación, de la acción defensiva, del instinto que gradualmente nos lleva a la tercera; la de la representación compleja, de la completa coordinación motriz, de la conquista, de la acción ofensiva y de la volición rudimentaria. Desde el punto de vista psíquico, yo caracterizaría a de buen grado estas dos últimas fases del nombre como «época de la referencia objetiva». En fin, la cuarta, la época del pensamiento, de la reflexión, de la afirmación del yo, de la organización social, de la unión de las fuerzas, de la cooperación; es la «época de la referencia subjetiva», que, en la historia del hombre, se traduce por la acción social y moral. En el mundo animal, esas épocas forman una

serie visible al primer golpe de vista, bien que sus términos no sean rigurosamente distintos uno de otro y que sus sucesivas apariciones no presenten carácter de exclusivismo. Esto basta, por otra parte, para definir y fijar ciertos puntos que servirán de base a las verdaderas adquisiciones y de indicación para estudios sucesivos. Encontramos estas cuatro épocas representadas por la mayor parte de los invertebrados: insectos y otros, los vertebrados inferiores, los vertebrados superiores y, en fin, el hombre.

La analogía de esta serie de épocas con las del desarrollo del niño es muy clara, al menos en conjunto. El niño comienza, en sus experiencias prenatales y postnatales, por sensaciones vagas de placer y de dolor y por las primeras adaptaciones motrices que de ellas derivan. Pasa por un período de percepción de los objetos y de reacciones correspondientes por sugestión, imitación, etc. Llega a ser más o menos apto para guardarse a sí mismo y adquiere la imaginación y la voluntad; luego, en último lugar, aparece el hombre reflexivo, el ser social y moral que conocemos.

Bueno es añadir, sin embargo, llegados a este punto y para profundizar algo más, una postrera distinción, cuyo valor justificará ampliamente lo que se dirá más adelante¹. Es evidente que si la época objetiva precede a la subjetiva (si el niño reacciona a sus percepciones primero de un modo puramente reflejo, y con reflexión luego), se observará gran diferencia entre el modo cómo en estos dos diversos momentos mirará a las personas. Antes de hacer reflexiones sobre sí mismo,

¹ Véase cap. VI, párr. 3, y cap. XII, párr. 3. Véase también el libro *Social and Ethical Interpretations*.

es decir, en la época objetiva, no puede comprender las otras sino como objetos exteriores; pero aprendiendo a reflexionar sobre sí mismo, concluye también por considerar a los demás como sus iguales, es decir, como seres que, a imitación suya, se defienden contra el mundo exterior. Hay, no obstante, cuatro fases muy distintas en la experiencia del niño con relación a las personas; fases, por lo demás, posteriores todas ellas al período puramente afectivo de su desarrollo: 1.º Las personas son simplemente *objetos*, partes de la materia, conocidas por sus sensaciones que se le representan como exteriores a él. 2.º Son objetos de una naturaleza del todo particular, muy interesantes, muy activos, en extremo arbitrarios, verdaderos presagios de goce o de pena. Si estimamos esos objetos como plenamente representados, es decir, como situados en el espacio y objetivados exteriormente, podemos considerar estas premisas como proyectivas y decir que para el niño, en este período, las personas son personas proyectivas o *personas proyectos*. 3.º El niño advierte que sus propias acciones emanan de él, bien que imitadas de sus semejantes «proyectivos», que directamente le excitan a ejercer también su acción. Juzga como centro de sus actos su propio organismo y su conciencia como teatro de ellos, y adquiere de este modo conciencia de sí mismo como *sujeto*. 4.º En fin, ha descubierto ya ciertas particularidades análogas en las demás personas sus iguales y entonces éstas se presentan como personas objetivadas, como sujetos o *personas «ejects»*¹, es decir, compañeros sociales.

Insisto aquí en esta serie de distinciones, por más que luego habremos de profundizar en ellas,

¹ Propuso este término (*eject*) W.-K. Olifford.

ya que su negligencia es la que más ha viciado desde el principio los primeros trabajos de psicología infantil y social. El «sofisma del psicólogo»¹, tan cómodo y a la vez tan conocido, lo mismo para disfrazar la ignorancia que para velar el error, sólo llegará a ser imposible por la adopción de términos precisos. Si entendemos por *objeto* lo que el niño toma como externo, por *personas proyectos* el conocimiento distinto que tiene de los demás antes de conocerse a sí mismo, por *sujeto* la conciencia que adquiere de sí, y por *personas ejectives* el conocimiento de los demás como sujetos semejantes a sí mismo, tenemos, a lo que juzgo, términos más precisos que antes, y nos queda tiempo para definirlos más largamente según las exigencias de los hechos.

Este nuevo punto de comparación ilustra perfectamente el paralelismo del desarrollo individual con la serie animal. El único período que los autores no han observado con claridad es el de *objetivación* que se refiere a las personas proyectos. La asociación, la vida común organizada para la protección de la comunidad, las sociedades animales de diferentes especies, la división animal del trabajo, etc., sea cual fuere el origen de todas estas cosas, parecen presuponer una época de ese género en la serie animal. Esos seres muestran un reconocimiento de los individuos entre sí, una verdadera comunidad de vida y de acción enteramente opuestas al individualismo de una conciencia puramente sensorial y solitaria. Y, sin embargo, no es una conciencia refleja, organizadora y voluntaria al modo de la conciencia

¹ «Psychologist's fallacy», o sea pretensión de hallar en un estado inferior lo que únicamente se observa en las formas superiores de la vida mental. (N. del T.)

humana¹. Pero es preciso que este instinto de agrupamiento descansa sobre una época análoga del desarrollo de la conciencia animal.

Determinamos así una época de la conciencia animal que no deja de tener valor, y a la vez evitamos el «sofisma del psicólogo», tan habitual en los naturalistas. Grave error es el de creer que podrá explicarse la sociedad humana por el instinto de asociación de los lobos, cuando permanece sin explicar ese instinto, o bien creer que el altruismo reflexivo del hombre se explica por la simpatía orgánica de la leona por su cachorro. En todos estos casos, queremos explicar lo superior que conocemos directamente por lo inferior análogo que conocemos mal, y descuidamos estudiar los procesos esenciales, únicos en ofrecer desarrollos continuados en el total encadenamiento de las series que evolucionaron, y, por consiguiente, únicos explicativos.

§IV. —*Variaciones en Ontogénesis*

Aun en las profundas tinieblas que oscurecen la aproximación establecida entre el desarrollo de la raza y el del individuo, la teoría biológica ordinaria de la recapitulación que afirma el estricto paralelismo de ambos procesos, exige al menos dos modificaciones².

I.— La aplicación continua de las leyes del hábito y de la acomodación, reforzadas por la fija

¹ La vida social de ciertos *himenópteros*, notablemente las abejas y las hormigas, ilustra en extremo el desarrollo social «proyectivo» arraigado en el instinto.

² Véase también cap. XVI, párr. 4. Consúltese A.-M. Marshall, *Biological Lectures and Addresses* (1894). Esta teoría débese sobre todo a Ernst Van Baer, L. Agassiz, Fritz Müller, Haeckel y Balfour.

ción de sus resultados, por la selección y la herencia, conduce a ciertas abreviaciones orgánicas. En otros términos, ciertas fases o épocas de desarrollo necesarias para los progresos de los antepasados llegan a ser inútiles para los descendientes.

Examinemos por lo pronto el hábito, y, para comenzar, estudiémoslo de un modo abstracto. Una función particular del perro implicando los elementos *a, b, c, d, e*, etc., puede llegar a ejercer tan sólo los elementos *a, c, e*, etc., sea por razón de la diferencia de las circunstancias o bien gracias a los perfeccionamientos adquiridos por el ejercicio habitual. Este fenómeno es muy conocido hoy en lo que toca a ciertos desenvolvimientos de los sentidos, considerados de una parte entre los vertebrados inferiores, tales como el perro y el conejo, y por otra parte entre los vertebrados superiores, el hombre y el mono por ejemplo. Un perro al que se le arranca el centro cortical de la vista, queda temporalmente ciego, pero acaba por recobrar el sentido perdido, lo cual da a suponer la reintegración de un centro inferior en la función que desempeñaba en los antecesores del perro. Este centro inferior es el elemento *b* de la serie *a, b, c*. Pero el mono y el hombre que pierden la vista a consecuencia de una lesión del centro cortical, jamás pueden recobrarla. En este caso, el centro inferior ha perdido el poder de suplir el centro visual y no es ya un término necesario en la serie de los órganos que cooperan a la función, y *a-c* representa perfectamente toda la serie. Fijan esta abreviación la selección y la herencia, y al desarrollo individual fáltale una de las fases del de la raza.

Como en otra parte he dicho: «en los organismos donde predominan los reflejos, y cuando una pro-

gresión descendente ha determinado el predominio del sistema de los centros ganglionares, permanecen dependientes y sin especializar aun los centros de las más elevadas funciones. Por consiguiente, aunque se uniesen para llenar alguna función particular, esos centros ganglionares, por razón de sus conexiones anatómicas, no pierden la capacidad de rehabilitarse a sus antiguas funciones. Así los ganglios sensorio-motores dotados de ciertas conexiones que han desaparecido por falta de uso, pueden recobrar la actividad perdida, bajo el estímulo de una lesión notable y peligrosa. La cosa en sí no significa sino una regresión de funcionamiento por un proceso regresivo de adaptación. Opuestamente, en el hombre, la ley del progreso ascendente ha suministrado su aplicación más completa; los centros corticales han llegado a ser independientes de los ganglionares inmediatos, y su alteración constituye una pérdida irreparable. Este último caso es el de un general de ejército herido en una acción y a quien no puede reemplazar un oficial subalterno; en el primer caso, es un capitán a quien con facilidad sustituye su teniente ¹.»

Habiendo estudiado Foster, desde el punto de vista del movimiento muscular, la hipótesis de la abreviación o de los caminos a traviesa, dice²: «Puede sostenerse que el hombre, ya desde el punto de vista del sistema nervioso, ya desde el punto de vista del cortex motor, no ha adquirido todo el desarrollo que hoy alcanza sino por haberse acostumbrado a no usar más que del sistema piramidal, y que, por lo tanto, la voluntad ha perdido el poder de obrar sobre el mecanismo nervioso necesario

¹ *Handbook of Psychology*, vol. II, p. 46. (3)

² *Textbook of Physiology*, 5ª ed., III, p. 1062.

al pensamiento por otra vía que no sea la piramidal mientras que los animales inferiores lo poseen todavía a.»

El resultado práctico en este ejemplo particular, acerca del cual hablaremos de nuevo¹, puede resumirse de este modo: *Los animales pueden llevar a cabo movimientos que parecen voluntarios con un aparato nervioso que será inadecuado para producirlos en el hombre y en el niño*², lo cual significa que el hombre, en su crecimiento individual no pasa por esta fase de desenvolvimiento de la serie animal durante la cual esa función se desempeña por simples ganglios.

En el hecho de la acomodación y de la adaptación podremos observar idéntico fenómeno, el cual modifica también el estricto paralelismo afirmado por la teoría de la recapitulación.

Para la acomodación de las recientes adaptaciones, se han destruido viejos hábitos, establecido nuevas y más complejas coordinaciones y elaborado progresivamente nuevas simplificaciones orgánicas. Fijan a su vez estas adquisiciones la herencia o la selección y constituyen más amplias desviaciones de la filogénesis. Evidenciase este fenómeno en la volición, y Foster lo observa también al tratar de la estructura de las fibras piramidales. No parece sin embargo ver la aplicación de los dos principios antitéticos de que he hablado, pues no indica con suficiente claridad que en el último caso trata del origen de las fibras piramidales determinadas por nuevas adaptaciones, y en el primero, de la fijación por el hábito de su capa-

¹ Véase cap. XIII.

² Soy de la misma opinión que el profesor H. F. Osborn, el cual cree probable que esta fórmula la confirme la anatomía comparada.

cidad de producir movimientos voluntarios. Dice así ¹: «Cuando examinamos una serie de cerebros, desde el más inferior hasta el más elevado, y vemos el sistema piramidal invadir cada vez más la superficie cerebral; cuando esa diferenciación progresiva del motor cortical se nos presenta paralela al desarrollo de la motilidad inteligente, acaso sea lícito suponer que las fibras piramidales abren caminos traveseros a los nervios motores. La abreviación, como más útil que la ví a primitiva que se continúa de segmento en segmento a todo lo largo del eje cerebroespinal, se fija por la selección natural y llega de este modo a ser el más perfecto instrumento que de los movimientos voluntarios se conoce.»

Esta influencia de la acomodación significa, pues, en este caso particular, que los *animales pueden tener un aparato nervioso casi enteramente igual al del hombre y, por lo tanto, incapaz de desempeñar las funciones del aparato humano correspondiente*. La razón de este hecho es, repitámoslo, que el hombre tiene un aparato independiente para el ejercicio de las funciones superiores, y que este aparato jamás sirvió en él para las funciones inferiores en que lo usaban los animales. Reconozcamos asimismo en este hecho una violación del principio de recapitulación.

Realmente es extraordinario ver hasta qué grado un simple detalle de estructura puede conservar a un aparato su género de función, aun cuando se adapte a condiciones totalmente nuevas y aun cuando sea propio para manifestar la conciencia. Hablaré más adelante de esto a propósito de la imitación y del génesis de las expresiones emocio-

¹ *Textbook of Physiology*, p. 1063.

nales¹, a propósito de la exposición del principio del «anillo caído» El tipo de las reacciones o repeticiones circulares que llamamos imitación, es un tipo fundamental siempre el mismo, común a toda la actividad motriz. La única diferencia entre las funciones superiores y las inferiores es que ciertas adaptaciones establecidas por el tiempo se han añadido a la reacción original y que el estado consciente que la acompaña parece diferir esencialmente de la conciencia imitativa en la cual tienen su origen.

Estos hechos sugieren necesariamente modificaciones de la doctrina ontogenética, estableciendo que abrevia considerablemente la filogénesis.

Mientras el organismo pasa progresivamente por una larga serie de fases regulares, es claro que a menudo la evolución individual no representa exactamente sino las últimas fases de la serie animal y pasa tan sólo por un reducido número de las fases anteriores. Por ejemplo —y luego estudiaremos mejor este punto— será falso decir que los primeros movimientos voluntarios del niño produjéronse desde luego por medio de los surcos intra-segmentales, y que más tarde esta función transfirióse a las fibras piramidales. Así procedió no obstante la evolución filogenética. Por lo contrario, vemos que el niño no ejecuta acto de volición alguno en tanto no usa las fibras piramidales y sus ligazones centrales. El período de la acción voluntaria intra-segmental que, si existe, representa en algunos animales una fase absolutamente necesaria del desarrollo, falta por completo en la serie ontogenética².

¹ Véase cap. X, párr. 2, para la primera referencia, y cap. VIII, párr. 4, para la segunda.

² Véase el estudio de Edinger sobre el desarrollo fetal de las fibras piramidales en su *Structure of Central Nervous System*.

He aquí un ejemplo que ilustra no menos admirablemente las modificaciones que la acomodación aporta a la recapitulación. Según la estricta interpretación de esta doctrina, el niño pasa por un período instintivo, que le comunica el sentido admirable de los brutos para gobernarse, y sólo pierde sus instintos al ampliarse la acción voluntaria. El niño sin embargo no muestra nada de esto. Al contrario, observamos que pasa directamente de la época sugestiva sensorio-motriz a la época voluntaria, omitiendo la fase instintiva que separa ambas épocas en la serie filogenética, y realiza este salto gracias a la herencia directa de un organismo profundamente diferenciado por innumerables selecciones.

La probabilidad de tal modificación de la doctrina de la ontogénesis aumenta aún por la posibilidad de deducirla de la teoría psíquica del hábito. La cuestión está en saber si los efectos del hábito¹, que es por sí mismo un fenómeno de desarrollo, no se transmitirán por herencia o selección, abreviando así los procesos ontogénicos. Por ejemplo, un niño que mostrase tendencia a responder verbalmente a una excitación visual, estaría exento de una larga evolución filogenéticamente necesaria para establecer el estrecho vínculo que hoy existe entre los centros verbales y los centros visuales; el espíritu es natural que también aprovechará a de ello. Otro ejemplo sorprendente: una estricta reproducción de las fases evolutivas de la raza pretende que el niño tenga desde luego el sentido exacto del espacio que se observa en los pequeñuelos de algunos animales, y que sólo

¹ Cap. XVI, párr. 2 y 3.

después desarrolle las funciones y el aparato que le permitirán estudiar las propiedades de dicho espacio, de modo que sólo adquiriendo el sentido intelectual pierda el instintivo. Divagaciones.

Aun desde el punto de vista psicológico, esas consideraciones parecen confirmar la teoría general de la experiencia de la raza, común, por lo demás, a los evolucionistas de ambas escuelas. Los actuales psicólogos admiten en absoluto que el progreso de las funciones depende del ejercicio. Así la memoria no es más que una forma de la inhibición mental o del hábito; el carácter, una disposición particular de la acción; el cerebro sólo es un desarrollo funcional de una función primitiva, y el espíritu vive de su pasado aun ignorándolo. Mis opiniones y mis actos demuestran perfectamente este valor de la experiencia ancestral: sea cual fuere la manera como se produzca, indudablemente hubo evolución de mi padre a mí .

En resumen, como consecuencia de la evolución de la raza: el espíritu es función del pasado¹.

Así , puede considerarse como probable que las modificaciones profundas de la filogénesis consciente vuelven a encontrarse en el crecimiento del individuo. Estas modificaciones de la conciencia pueden fijarse también de una manera más caracterizada que las diferentes fases del desarrollo nervioso.

Balfour lo confirma al decir: «El tiempo de la evolución y el subsiguiente del desarrollo de los órganos son variables; pero al fin, los detalles secundarios de estructura se fijan, y el embrión

¹ En su libro *Neuroses of Development*, Clouston ha indicado interesantes asuntos de investigación sobre las condiciones nerviosas que resultan del hecho mismo del desarrollo. Llámase crisis a semejantes estados (*skort-cuts*), esto es, «corta palabras». Tales son los preliminares de la pubertad.

o la larva se adaptan a las condiciones particulares de su existencia. Al modo del erudito que estudia un manuscrito antiguo, el embriologista debe someter el desarrollo a un cuidadoso examen crítico, determinar las lagunas, observar las adiciones posteriores y poner en orden todas las partes¹.»

Marshall nos dice también: «La evolución tiene verdaderamente su historia, pero una historia de la que se han perdido muchos capítulos, y las páginas que han quedado están de tal modo manchadas y revueltas, que casi son ilegibles... Y aun no es esto lo peor, sino que se ha introducido en ellas tantas adiciones y alteraciones inútiles, aunque hechas de antiguo y muy hábilmente, no hay que negarlo, que su lectura resulta ahora totalmente imposible.»

II. —La segunda gran modificación que debe aportarse a la teoría de la recapitulación, relaciónase con la teoría infantil, bajo cuyo término comprendo el desarrollo de la vida desde el germen hasta la fase independiente en que el niño puede ya bastarse a sí mismo.

La influencia del período extra-uterino de la infancia —en el sentido usual de la frase— sobre el total desarrollo del individuo, es de capital importancia, como ha demostrado Fiske. Los niños, durante su larga educación, tienen todos los medios de desarrollarse lentamente y alcanzar la madurez, adaptándose a las condiciones naturales y artificiales del medio intelectual y social que exige la vida del adulto. Durante su larga infancia, el hombre futuro necesita la protección paternal, los cuidados de su madre; se le ha de alimentar, formar, instruir.

Hoy admiten los biólogos una época correspon-

¹ *Comparative Embriology*, p. 3.

diente de circunstancias modificadoras y poderosamente influyentes; es el período prenatal, que, por lo demás, sólo representa la primera fase de la infancia. La marcha evolutiva del embrión depende de la presencia en el huevo de una mayor o menor cantidad de alimento llamada «*food-yolk*». Admiótese como principio que existe una relación directa entre esta cantidad de alimento y las fases de la ontogénesis. Una abundante provisión de alimento lleva rápida y directamente a la madurez por la abreviación de las fases de la recapitulación; al nacer, el individuo está ya completamente formado para la vida independiente de la existencia solitaria¹.

Cuando se emprende este estudio de la infancia y de su doble período pre y postnatal, parece que se vislumbren dos medios productores de influencias y de acciones opuestas. Hemos visto que un abundante alimento embrionario suaviza y abrevia el desarrollo prenatal, y que los recién-nacidos, pronto luego para la vida independiente y aun para la lucha, no tienen necesidad, por lo tanto, de una, larga infancia postnatal ni reclaman tampoco todos los cuidados artificiales que exigen los demás niños. Por otra parte, encontramos a veces un largo período de infancia postnatal, 'como en el hombre, acompañada de un largo período embrionario, y esto a pesar de la nutrición abundante suministrada por la placenta materna.

Esta contradicción aparente parece explicarse si consideramos la parte de mentalidad propia de cada ser. En el primer caso, tiende éste al instinto que, por más que sutil y variado, no es sino la

¹ Véase la discusión de Marshall sobre la influencia de la provisión del alimento de la yema de huevo en *Biological Lectures*, XIII.

fijación filogenética de una estructura orgánica. El progreso instintivo puede estar completamente asegurado por la herencia y el período prenatal; por esta razón, el esfuerzo que sigue al nacimiento alcanza pronto plena madurez.

En el caso contrario de una larga infancia pre y postnatal, las aptitudes intelectuales que se trata de formar no podrán cristalizar con tanta rapidez como las tendencias instintivas. Las aptitudes debidas a una herencia ancestral reciente exigen una larga evolución individual. Así, a pesar de todas las condiciones favorables, la abundancia de alimento, la protección contra las perniciosas influencias, la criatura dotada de gran mentalidad demanda prolongada educación.

Las consideraciones psicológicas —a que tengo necesidad de atenerme, sin atravesar los límites de la experiencia biológica— parecen conducir a la fórmula siguiente: El período extra-uterino de la infancia es al período intra-uterino (siendo igual todo), lo que la extensión de la ontogénesis es a la extensión de la filogénesis. Bien que para las criaturas de instinto, los dos períodos infantiles sean cortos, el período prenatal es relativamente largo, y para los seres inteligentes, bien que sean largos ambos períodos, el prenatal es relativamente corto.

Existe además toda una variada serie de influencias mecánicas, tales como los esfuerzos o las presiones exteriores, los accidentes, los cambios bruscos de medio, susceptibles de modificar las condiciones fisiológicas del crecimiento, y, por lo tanto, el orden y el número de las fases de todo el desarrollo infantil. Los biólogos reconocen, por otra parte, la necesidad de restringir el alcance de la teoría de la recapitulación en los casos de desarrollo producidos en normales condiciones.

Sin embargo, no hemos hablado todavía de una causa muy grande de excepción en la ley de recapitulación. Refiérome a los numerosos hechos biológicos conocidos bajo el nombre de *variaciones espontáneas o fortuitas*. La ley de suplencia, que permite que la selección natural concorra a la preservación de los adultos y fije sus numerosas variedades, se aplica igualmente a los organismos jóvenes. No sólo sobreviven los adultos bien condicionados, sino que están seguros de adquirir desarrollo los embriones bien organizados. Weissmann¹ ha demostrado claramente una aplicación profunda de esta ley. Ha descrito, bajo el nombre de *intra-selección*, los desarrollos privilegiados de los órganos más sanos de una misma criatura². Es fácil, pues, deducir de todo esto la posibilidad de numerosas alteraciones en la marcha del crecimiento individual y en la recapitulación de las fases filogenéticas. Además, un embrión colocado en nuevas condiciones, tendrá tanto más seguro sobrevivir cuanto más se desvíe de la serie evolutiva que representa otras condiciones de desarrollo³.

Sedgwick sostiene también que las variaciones de las formas adultas se reproducen en el embrión. En el artículo ya citado, dice: «Las variaciones no afectan sólo al período posterior de la vida, donde son, para el animal, de funcional e inmediata importancia; pero son inherentes al embrión y

¹ Romanes Lectures; Oxford, 1894.

² Consúltese la teoría de la adaptación motriz, desarrollada en el cap. VII.

³ Esta influencia de la «variación» no parece que haya sido suficientemente estudiada por los biólogos, pero pueden consultarse sin embargo los ejemplos aducidos por Marshall. El artículo de Sedgwick (*Quarterly Journal of Microscopic Science*. -Abril 1894) se esfuerza en reconstruir la teoría de la recapitulación con los hechos de variación conocidos.

afectan más o menos la totalidad del desarrollo.»

Volviendo al desarrollo mental, deben encontrarse iguales modificaciones; la recapitulación de la evolución de la inteligencia es susceptible de tales lagunas. La abundancia del alimento del espíritu, de las enseñanzas intelectuales, de las sugerencias de todo género de su vida social, el curso de su educación moral, todo esto debería apresurar la madurez de la inteligencia y abreviar las fases habitualmente requeridas para su desarrollo. La diferencia de los medios puede también producir los mismos efectos: el pilluelo, más o menos abandonado a la educación callejera, pronto llega a ser ágil y despabilado; mientras que el hijo de familia, educado por un preceptor en el aislamiento y la soledad de la casa paterna, se desarrolla con lentitud.

Sin embargo, la variación no es menos frecuente para el espíritu que para el cuerpo, y en verdad no es posible hallar dos inteligencias iguales. Este vínculo común tiene una significación elevada; nada hay que admirar en el hecho de que el gusto y las aptitudes de A difieran de las de C; pero esta misma diferencia es la condición del progreso humano y del triunfo de los más aptos, bajo la influencia de un medio social progresivo.

No quiero extenderme ahora sobre los múltiples aspectos pedagógicos de este particular¹. Hablo de la educación del niño sólo desde el punto de vista de la cuestión del desarrollo. Si es verdadera esta teoría, es preciso que todas las observaciones realizadas sobre el niño se estudien a su luz. Los actos de un niño, observados y clasificados, aun por un hábil psicólogo, no pueden ofrecerse, por lo tanto, como tipos antes de un prolongado examen

¹ Véase el capítulo de referencia en *Story of the Mind*.

crítico, y este mismo examen presupone bastantes soluciones. ¿Cómo sabremos que ese niño, hasta cierto punto de su vida, no ha recibido una educación artificial? ¿Quién nos asegurará que deje de haber sufrido la influencia de diversos medios sociales capaces de haber abreviado su crecimiento mental? ¿Quién nos probará que su evolución se ejerce sin anacronismos, y que ninguna particularidad de los miembros o del cerebro haya podido producir lagunas? ¿Qué sabemos de las causas que pueden activar o retardar su muerte, o cuál es, desde este punto de vista, la influencia del instinto filial, de la sexualidad prematura, de la precocidad o de la intensidad de las emociones nerviosas? Nada sabemos de todo esto.

Si el morfólogo cuyos objetos de estudio están inmovilizados, se confunde ante las perpetuas excepciones a la ley de recapitulación y se ve así forzado a adoptar las múltiples precauciones indicadas por Balfour, Marshall, Adam, Sedgwick¹ y otros, ¿qué adivinación, qué perspicacia y sobre todo qué prudencia y escrúpulos no necesitará el psicólogo para descubrir el espíritu tras la espesa cortina de las múltiples adiciones convencionales debidas a la crianza, a la educación y al medio? A menudo, por desdicha, suelen faltar todas estas cualidades.

¿Acaso nosotros mismos no hemos hecho excesivas afirmaciones estableciendo en principio la regularidad y la constancia de las fases de la evolución infantil? Su aplicación no es justa sino en tanto la experiencia no nos haya enseñado para cada fase observada que es regularmente universal y constante, situada entre dos fases asimismo constantes, para todos los casos conocidos. Tomada

¹ Artículo citado.

esta precaución, es preciso considerar todavía a la ley como más o menos rigurosa; según se aplique a la filogénesis o a la ontogénesis del hombre, es decir, según constituya la regla del desarrollo de la raza humana, ya estudiada sola, ya como parte de la serie animal, o según represente la evolución del individuo desde la cuna a la tumba.

Así pues, podemos establecer la ontogénesis del hombre por medio de múltiples observaciones sobre los niños, y toda contribución en este sentido tiene un verdadero valor para la ciencia y especialmente para la educación.

Pero la ciencia de la morfología comparada del espíritu, o mejor aún, la de la embriología mental, son hoy verdaderas quimeras. ¿Cómo podremos decir algo sobre la recapitulación consciencial cuando nada casi sabemos de la ontogénesis mental y tan poco de psicología individual? ¿Cómo comparar el desarrollo del niño al de la serie animal, cuando ignoramos todo lo de su conciencia durante las diferentes fases de su desarrollo intelectual?